

## «POÉTICA DE LAS CIGÜEÑAS BLANCAS»

ÁNGEL DEL VALLE NIETO  
Correspondiente

Confieso y proclamo, ya desde aquí, que siempre he sentido una inclinación especial por las cigüeñas. Como profesor de Ciencias Naturales, me interesaba su biología; como poeta, todo el matiz lírico que, indudablemente las envuelve.

Pero también me apresuro a manifestar que este afecto sólo se lo muestro a las cigüeñas blancas, sociables y familiares para el hombre, y no a la huraña cigüeña negra de habitats aislados y alejados de nosotros, como el Monfragüe cacereño o los Arribes del Duero, entre otros.

Y tal es la profundidad de mi sentimiento que incluso hablaba con ellas en una columna de ABC titulada *Cigüeñas del Tajo*, lo que me permitió abrir la pluma y el corazón a mis lectores desde aquellas entrañables páginas.

A lo largo de mis abundantes lecturas me he ido encontrando con muchas citas poéticas sobre cigüeñas. Grandes y eximios poetas han cantado su vuelo, sus nidos, su pico, sus llegadas, sus costumbres. Y las fui recopilando y ordenando según todo lo anterior, relegando todo cientifismo a lo estrictamente imprescindible, mero cañamazo soportador del bordado de los versos. Por ello, ésta es una conferencia poética ilusionadamente trabajada desde hace tiempo y que con la misma ilusión renovada presento en esta Real Academia desde este saludo inicial en el que me apresuro a incluir mi gratitud a la Institución por haber aceptado el ofrecimiento de mi

trabajo y a todos ustedes por su presencia, consecuencia, me consta, de su afecto. Permítanme, en este momento, un agradecimiento especial a mi hijo Pepe, autor de las diapositivas que van a ilustrar las palabras que siguen; a su esfuerzo, a su disponibilidad y a su cariño.

Y a D. José Miranda Calvo, ¿qué decirle?. Él sabe que mi afecto es superior a mi palabra, que mi amistad es más honda que la superficialidad de su expresión. Mi nieto Pepe, de tres años, que no encuentra palabras suficientes para decirme lo que me quiere, recurre a esta frase: «Abuelo, te quiero mucho más que el infinito, más allá de lo profundo del cielo...»; permíteme que te agradezca tu palabra y tu amistad desde, yo también, lo más profundo de mi afecto.

Empecemos a hablar, pues, de las cigüeñas, concreta y exclusivamente, de las cigüeñas blancas, y hagámoslo como si de un animal casi humano se tratara: de su vida y costumbres, de su carácter y sensibilidad, de sus mitos y de su significado en la vida cotidiana de los hombres. Pero, eso sí, llevados de la mano de algunos historiadores y autores y, sobre todo, con la voz de los poetas, que, como dice Lorca, «es la sombra luminosa que marcha pretendiendo enlazar a los hombres con Dios», igual que el vuelo de la cigüeña parece querer enlazar al cielo con el terrestre deambular humano.

Bien; vamos a seguir las desde que vienen hasta que se van.

«Por San Blas, la cigüeña verás». Y yo completaría esta afirmación con una pregunta: ¿Y quién las ve llegar?. Porque, cito el *Tesoro* de Covarrubias, «cuando vuelven no nos damos cato a su medida, hasta que tienen tomada posesión de sus estancias; las cuales (digo nidos) dejaron cargados y pertrechados, porque el aire no se los desbaratase con las tempestades del invierno».

Antonio Machado nos lo dice así en «Del pasado efímero», de *Campos de Castilla*:

*Este hombre del casino provinciano*  
 .....  
*bosteza de políticas banales*  
*dicterios al Gobierno reaccionario,*  
*y augura que vendrán los liberales,*  
*cual torna la cigüeña al campanario.*

¿Y qué significa la llegada de la cigüeña? Para ella, el final de su emigración prenupcial; para nosotros, la proximidad de la primavera, de la que es alado e infalible heraldo. Así nos la presenta Federico Muelas en «Romances y canciones de espera y recuerdo»:

*-¡Mira, dueña, tiene*  
*ya flores la acacia!*  
*-¡Mira, dueña, el viento*  
*desnuda las ramas!*  
*-¡Mira, las cigüeñas*  
*vinieron!...*

Comienzan su inmigración, su migración prenupcial. El padre Valdecebro nos dice que «llámanle los autores aves migratorias [...]. Viene de noche con mucha orden y concierto siguiendo en el curso y vuelo, las más modernas a las más ancianas».

Antonio Machado nos cita su regreso en «Orillas del Duero»:

*Se ha asomado una cigüeña a lo alto del campanario.*  
*Girando en torno a la torre y al caserón solitario,*  
*ya las golondrinas chillan. Pasaron del blanco invierno,*  
*de nevadas y ventiscas los crudos soplos de infierno.*

Y así las saluda un excelso poeta tan vinculado a Toledo como es José García Nieto, en *Víspera hacia ti*:

*¡Campanas altas! ¡Campanas!  
Bronce y viento. Claridad.  
Al fin cubren mi ciudad  
tus cigüeñas más lejanas.*

Y Antonio Machado suspira desde Baeza por la primavera soriana y, cargado de nostalgia, pregunta por sus signos a su amigo José María Palacio:

*Palacio, buen amigo,  
¿está la primavera  
vistiendo ya las ramas de los chopos  
del río y los caminos?  
¿Tienen los viejos olmos  
algunas hojas nuevas?  
¿Hay zarzas florecidas  
entre las grises peñas,  
y blancas margaritas  
entre la fina yerba?  
Por esos campanarios  
ya habrán ido llegando las cigüeñas.  
Habrá trigales verdes,  
y mulas pardas en las sementeras,  
.....  
Palacio, buen amigo,  
¿tienen ya ruiseñores las riberas?*

Es decir, es tan fijo el regreso de las cigüeñas, como el florecer de los zarzales, de las margaritas, como el verdear de las hojas nuevas del olmo y de los chopos...

En abril, viajero en tren, va recordando el paisaje de Soria y, desde su Guadalquivir, añora la incipiente primavera y, soñando, escribe en «Recuerdos»:

*Tendrán los campanarios de Soria sus cigüeñas,  
y la roqueda parda más de un zarzal en flor;  
ya los rebaños blancos, por entre grises peñas,  
hacia los altos prados conducirá el pastor.*

Regresan, pues, pajes de la primavera, existiendo una correlación entre el desarrollo de las gónadas y esta migración prenupcial: las aves adultas con gónadas maduras realizan resueltamente sus vuelos y alcanzan las comarcas de cría donde se instalan para reproducirse; sin embargo, las inmaduras, con gónadas sin desarrollar, manifiestan una conducta menos decidida, no llegando a los lugares de cría propios de la especie e, incluso, permaneciendo en los cuarteles de invierno sin realizar ninguna migración.

...Y ocupan sus nidos, que tardan de 7 á 15 días en recomponer. Al principio pesan unos 50 kg., aproximadamente, para alcanzar los 400-500 una vez formados del todo.

El cigüeño aporta los materiales y la hembra los coloca. Cada pareja (la reunión de macho y hembra suele ser muy duradera) construye su nido en un árbol o en el tejado de un edificio, siendo el campanario el más emblemático de estos hasta el punto de formar casi un binomio inseparable con «su» cigüeña).

¿Con qué materiales los construye? Olvidémosnos de que en ellos han aparecido los más diversos: papeles, trapos, cuerdas, restos de neumáticos, etc. y que nos conteste Machado:

*«y las cigüeñas, / de sus nidos de retamas»*

nos dirá en un poema que veremos más ampliamente en el capítulo de las migraciones.

También, en sus «Apuntes y canciones» (2):

*«La cigüeña absorta, / sobre su nido de ramas, / mirando la tarde roja».*

Una vez contruidos, los habitan y continúan proclamando a la primavera. Seguimos con la voz de Antonio Machado, esta vez en «Pascua de Resurrección», de *Campos de Castilla*:

*Mirad: el arco de la vida traza  
el iris sobre el campo que verdea.*

.....  
*Ya sus hermosos nidos habitan las cigüeñas,  
y escriben en la torre sus blancos garabatos.  
Como esmeraldas lucen los musgos en las peñas.*

«Muy común es, y muy antigua, nos dice Covarrubias, la devoción que se tiene con esta ave; y ello parece serlo, porque de ordinario hace su nido sobre el campanario de las iglesias, acogiéndose a sagrado». Y tanto se identifica a la cigüeña con este entorno que le hace decir a José García Nieto en su poema «En la Ermita del Cristo de Gracia»:

*Ser un ala  
perdida, Cristo de Gracia,  
para llamar en un vuelo  
al cristal de tus ventanas.  
O ser en el duro mármol  
agua con tu nombre, agua.*

*O metal estremecido  
de tu única campana.  
O nido de tu espadaña.*

Una vez acondicionado el nido, empollan y crían que es a lo que han venido a nuestras latitudes.

Y es en esta época de celo cuando producen un sonido muy intenso castañeteando con el pico; es decir, crotorean:

En su «Canto», Miguel de Unamuno se refiere a ello con estos versos:

*«Campanario campesino, / crotorea tu cigüeña».*

Su «voz» se llama, pues, crotoreo, que realiza con un batir rítmico de sus mandíbulas y que generalmente es una manifestación de celo.

El P. Fray Andrés Javier de Valdecebro (O.P.) en su *Gobierno General, Moral y Político, hallado en las aves más generosas y nobles, sacado de sus naturales virtudes* (Propiedades de la Cigüeña), en edición facsímil de un ejemplar de 1728 publicada por el Ayuntamiento de Alcalá de Henares en 1990, y que me ha proporcionado gentil y puntualmente, como siempre, mi gran amiga Ana María de Corcuera, a la que cito agradeciéndoselo, nos dice que «el ruido que hace con el pico [...] es a la manera que el que hace la carraca y es como indicio de benevolencia y amor, porque lo hace la hembra cuando viene el cigüeño con alguna presa al nido». El «Covarrubias» da a todo ello un enfoque mitológico:

«La cigüeña no tiene lengua y así le falta la voz y el canto; pero

poniendo el pico sobre la espalda hace un cierto ruido o murmullo, semejante a voz, de donde tomaron ocasión los poetas para fingir que Antígona, hija de Laomedón, rey de Troya, presumiendo mucho de su hermosura, quiso competir con la diosa Juno, la cual, airada de este atrevimiento, la convirtió en cigüeña, habiéndola primero sacado la lengua».

Fernando Villalón construye su poema «Señora cigüeña», perteneciente a su obra *Andalucía la Baja*, sobre la onomatopeya del crotoreo cigüeñil precisamente, recurriendo a él como contestación a preguntas más o menos indiscretas que conviene dejar sin respuesta. Veámoslo:

*Señora cigüeña,  
usted que le ha visto  
desde el almiar,  
correr chica y chico.  
¿En la blanca paja  
estaban tendidos?  
Karratrak  
Karratrak  
Traka trak.*

*Usted que en la torre  
fabrica su nido  
y ensucia la torre  
con paja y carrizos.  
¿Tiene permisión  
del señor obispo?  
Karratrak  
Karratrak  
Traka trak.*



*Señora cigüeña,  
 ¿qué trae usted en el pico?  
 ¿Será una serpiente?  
 ¿Será un basilisco?  
 ¿O será una carta  
 que le dio Dios mismo  
 y usted por los aires  
 volando ha traído?  
 Karratrak  
 Karratrak  
 Traka trak.*

Pero, todavía no sabemos nada de su pico y si hay algo espectacular en su cabeza es precisamente él. Nos lo ilumina la geométrica metáfora de Pedro Salinas en «Fecha cualquiera», de *Seguro azar*:

*Dos líneas se me echan  
 encima a campanillazos  
 paralelas del tranvía.  
 Pero yo quiero a esas otras  
 que se van  
 sin llevarme por el cielo:  
 telégrafo, nubes blancas,  
 y  
 —compás de los horizontes—  
 el pico de las cigüeñas.*

.....

Y, naturalmente, se reproducen. La hembra pone a finales de abril de 2 á 5 huevos blancos que incuban entre ella y el macho durante cuatro semanas o poco más. Los polluelos no pueden soste-

nerse sobre sus patas hasta alcanzar la edad de un mes y hasta los dos no abandonan el nido. Durante todo este tiempo son alimentados por sus padres, pues son crías ineptas e incapaces de alimentarse por sí mismas. La familia es monógama y ambos padres cuidan de la prole.

¿De qué se alimenta la cigüeña blanca? Si lo sabe Joaquín Benito de Lucas y nos lo dice en su poema «Cigüeña» de su inédito *Bestiario del Tajo*, ¿por qué consultar los libros de Zoología?:

*En el pico rojizo  
de sol y de verano  
sostiene un ratón blanco,  
una culebra de agua y una rana  
verde que se marea con la altura.  
Es el botín de guerra  
que transporta del campo de batalla  
hasta la paz del nido  
donde sus hijos,  
los tiernos cigoñinos,  
esperan el milagro –como todos nosotros–  
de alimentarse...*

.....

Por otra parte, ella misma nos declara su ingesta habitual en estos versos de Samaniego, al defenderse de un labrador que la acusa de comer su trigo:

*–Señor rústico, dijo  
la Cigüeña temblando:  
Quíteme las prisiones,  
pues no merezco pena de culpados.*

*La diosa Ceres sabe  
que, lejos de hacer daño,  
limpio de sabandijas,  
de culebras y víboras los campos.*

Recurrimos una vez más, a los versos de Antonio Machado. En esta ocasión a los del poema «La casa» de «La tierra de Alvargonzález». Del cuidado de los cigoñinos nos habla así:

*Era una estancia olvidada  
donde hoy Miguel se aposenta.  
Y era allí donde los padres  
veían en primavera  
el huerto en flor, y en el cielo  
de mayo, azul, la cigüeña  
—cuando las rosas se abren  
y los zarzales blanquean—  
que enseñaba a sus hijuelos  
a usar de las alas lentas.*

Este cuidado que reciben los cigoñinos lo contrapone el Arcipreste de Hita al que él encuentra en «La serrana vaquera de Riofrío», la Octava Dama de su *Libro del Buen Amor*:

*Cuando quise acercarme a la chata maldita,  
de un golpe me dejó la oreja marchita.  
Me empujó cuesta abajo y me quedé aturdido,  
allí probé lo malo que es el golpe de oído.  
—«¡Confunda Dios —me dije— tal cigüeña de ejido  
que de tal modo acoge cigoñinos en nido!».*

Es en esta época cuando su vuelo se enseñorea de nuestros cielos:

*Castillo. Vuelos al sol.*

(nos dice Gerardo Diego en «El Puerto»)

*Entre almenas,  
resbala por la piedra  
—qué maravilla—  
la sombra de la cigüeña.*

¿Resbala? Gabriel Miró indica que «la cigüeña nada en el cielo» y Benito de Lucas, en la primera parte del poema anteriormente citado, la ve surcadora:

*Esta cigüeña madre  
que surca como un barco la llanura del cielo  
se mira reflejada  
en las aguas del Tajo.  
Desde el puente contemplo  
su milagroso vuelo,  
la veo ir y venir desde la torre  
a la orilla del río, desde el río  
hasta sus hijos con las alas siempre  
de par en par para abrazar el aire.*

Y es que se trata de un vuelo sostenido, como corresponde a las aves planeadoras y tan suave que «resbala su sombra por las piedras», que nada, que surca, que es, un milagro.

Tardo y perezoso, casi duermen volando:

*¡Oh tarde luminosa!*

(nos canta Antonio Machado en «Galerías» XVI)

*El aire está encantado.  
La blanca cigüeña  
dormita volando,  
y las golondrinas se cruzan, tendidas  
las alas agudas al viento dorado,  
y en la tarde risueña se alejan  
volando, soñando...*

El alma también se queda quieta al ver volar a la cigüeña en la llanura manchega, tal y como lo recoge José Bergamín en su «Apartada orilla»:

*En la llanura manchega  
bajo las nubes se agacha  
el vuelo de la cigüeña:*

*su sombra sobre la tierra  
traza un caricaturesco  
Don Quijote en silueta.  
Se sueña y se desensueña  
el corazón desasido  
de la ilusión quiijotesca.*

*Y el alma se queda quieta  
en el aire y en la luz  
que en el cielo la aposentán.*

Sin embargo, Fernando Villalón hace de su vuelo una aventura trágica en este panorámico poema «Aire» de Romances del 800:

*Curva su cola el río plateado  
 en la vega pintada de trigales  
 y pone rumbo al Sur donde flirtea  
 el caballo andaluz con la sirena.  
 Y rezan las campanas en las torres  
 de afiladas agujas; las cigüeñas  
 –ibis sagrados de la fe de Cristo–  
 devotas se persignan con sus picos  
 al borde del abismo, encomendando  
 su ánima al cielo en la aventura trágica  
 de dominar al aire y se despegan  
 volando huecas con sus patas rígidas  
 hacia atrás estiradas.*

Vuelan, nos dirá definitivamente Antonio Machado en «Apuntes y Canciones» (1), «*como una ballesta, / en el cielo azul, /, hacia la torre mudéjar...*»

Y en estas «sus torres», nos observan y se incardinan en nuestros más familiares paisajes:

«*Y habrá cigüeñas al sol / mirando la tarde roja, / entre Moncayo y Urbión*», nos asegura Antonio Machado que, en «Mairena póstumo» LXXI, las llega a hacer testigos de la salida de Alfonso XIII hacia el exilio:

*La primavera ha venido  
 y don Alfonso se va.  
 Muchos buques le acompañan  
 hasta cerca de la mar.  
 Las cigüeñas de las torres  
 quisieran verlo embarcar...*

José García Nieto las destaca en «Cigüeñas sobre el acueducto de Mérida»:

*Bebía el mar de Dios los afluentes  
vuelos, y batidoras, níveas señas  
ponían en los arcos las cigüeñas,  
graves, ancladas, mágicas, ausentes.*

Un poeta palentino, José María Fernández Nieto, farmacéutico, igual que Federico Muelas y León Felipe, a los que también cito, nos las presenta identificada plenamente con el paisaje en «El pueblo» de su libro *La trébede*:

*Dígame la verdad...  
Usted no ha estado  
apenas en el pueblo... Sé que vino  
dos veces a un entierro, sé que cobra  
puntualmente su renta de nostalgias,  
que aquí nació su madre, por ejemplo,  
pero no ha visto nunca una cigüeña  
suspirar en la torre de Santiago.*

José María Hinojosa nos la sitúa, respectivamente, en pino o en torre, bien sea en «Poema del campo» o en «Pueblo»:

*«Un pino solo / en la llanura inmensa, / y en el pino, / una  
cigüeña».*

*«Su torre es la cigüeña / puesta sobre tejados, / ella sola es la  
dueña / de un mirar despejado».*

En «Cáceres», Miguel de Unamuno no se olvida de citarlas:

*«Y así van las horas, / paso a paso, / al pie de las torres / donde se alzan, centinelas de modorra, / las cigüeñas / de Cáceres».*

Y también León Felipe las recuerda en el pueblo vacío de su poema «La mosca» de *Rocinante*:

*Las ciudades se vacían... ¿Quién vivió aquí?  
¿Dónde está aquel pueblo de adobes  
nacido de la misma tierra  
parda y altanera  
de la meseta de Castilla...?  
Aquel pueblo con su campanario  
y su cigüeña  
con sus palomares y sus palomas blancas  
con su pequeño río  
con sus álamos...su higuera...  
¿dónde está?  
Sólo en mi recuerdo...  
Sólo en mi imaginación que se deshace.*

A veces, identifican a una ciudad, como en «Primer número», de Gerardo Diego:

*Construid nuestra Soria viva sobre las ruinas,  
Soria de las cigüeñas y de las golondrinas;*

María Luisa Muñoz de Buendía las retrata en pleno campo con esta bellísima metáfora de su poema «Cigüeñas» de *Poemas andaluces*:

*«Cigüeñas en los trigales / como blancas azucenas».*



También lejos de las torres ciudadanas nos las sitúa Unamuno en «Leyendo un libro vivo de un amigo muerto»:

*encinas matriarcales  
que ceñís espadañas donde sueña,  
mientras la esquila duerme, la cigüeña  
al peso de las horas estivales.*

Cigüeña soñadora en el poeta salmantino y dormilona en los versos de Adriano del Valle:

*«Cigüeñas a pie cojito / duermen en las espadañas»*

En estilo casi telegráfico e impresionista nos las trae de la mano Valle-Inclán en su «Medinica» (clave VIII de «Claves líricas»):

*Un pueblo con soportales  
y balcones de madera,  
casas de adobe, corrales,  
cigüeñas y rastrojera.*

Antonio Machado, en «Galerías» (IV), nos las vuelve a hacer urbanas, magistralmente, en este paisaje subsiguiente a la lluvia de primavera:

*El iris y el balcón.  
Las siete cuerdas  
de la lira del sol vibran en sueños.  
Acacias con jilgueros.  
Cigüeñas en las torres.  
En la plaza,  
lavó la lluvia el mirto polvoriento.*

También las hace actrices de esta representación estival en «Otros días» (I), de «La tierra de Alvargonzález»:

*Ya están las zarzas floridas  
y los ciruelos blanquean;  
ya las abejas doradas  
liban para sus colmenas,  
y en los nidos, que coronan  
las torres de las iglesias,  
asoman los garabatos  
ganchudos de las cigüeñas.*

...Los garabatos. Con ellos, las cigüeñas «*parecen escribir letras japonesas*» en luminosa imagen de Góngora. Son característicos de las aves zancudas; pero, ¿cuántos poemas se han dedicado a los de los flamencos, las grullas, las garzas o cualquier otro de sus congéneres? Sin embargo son numerosísimos los referidos a la cigüeña blanca, siempre tan próxima.

Antonio Machado se constituye en su principal cantor:

Así, en «Canciones» (VIII):

*«La estúpida cigüeña / su garabato escribe en el sopor / del molino parado».*

O, en «Galerías» (XVI):

*«La blanca cigüeña, / como un garabato, / tranquila y disforme, ¡tan disparatada!, / sobre el campanario».*

E insiste en «Pascua de Resurrección»:

*Ya sus hermosos nidos habitan las cigüeñas,  
y escriben en las torres sus blancos garabatos.*

Son tan machadianos estos garabatos que Jorge Guillén alude a ello en «Cigüeña en lugar sagrado», de Final:

*«Cigüeña en lugar sagrado, / Especie de jeroglífico / Que admira Antonio Machado, / Cristianamente pacífico».*

La aludida disformidad de la cigüeña arranca a Federico García Lorca bellísimas imágenes, como esta de «Candil» de *Poema del Cante Jondo* (recordad aquellos candiles con su pico y su largo cuello de latón). «Cigüeña incandescente» lo llama:

*Cigüeña incandescente  
pica desde su nido  
a las sombras macizas,  
y se asoma temblando  
a los ojos redondos  
del gitanillo muerto.*

En «Suites», nos presenta un grupo de poemas titulado «la palmera» en el que nos vuelve a sorprender con sus metáforas al decir-la:

*Eres junto a las olas  
una araña-cigüeña  
que teje sal y yodo  
de los ritmos*

Palma y cigüeña vuelven a encontrarse en «Son de negros en Cuba», último poema de Poeta en Nueva York:

*Cuando llegue la luna nueva iré a Santiago de Cuba,*  
 .....

*Cuando la palma quiere ser cigüeña  
 iré a Santiago  
 y cuando quiere ser medusa el plátano  
 iré a Santiago.*

Estos garabatos los hacen muchas veces (mejor dicho, los escriben contra el cielo) apoyadas en una sola pata, como aquellos primitivos ermitaños, los estilistas, que vivían sobre una mínima columna, haciendo infinitamente mayor la austeridad de su retiro. Vivían, pues, alargando el sentido de la imagen, sobre una sola pata. No se le escapa a Valle-Inclán todo lo anterior y en poema 13 de «Clave V», en *Claves líricas*, nos lo dice:

*A Simeón el Estilista  
 En penitencia sobre un pie,  
 Desacredita  
 La cigüeña falta de fe.*

El, digamos, equivalente musulmán a este anacoreta cristiano, es el derviche; con estos los compara Lorca al decir a las cigüeñas: «¡Oh!, pájaros derviches llenos de gentileza».

Y, enlazando con esta imagen, citemos esta expresiva redondilla:

*Estilista la cigüeña  
 en ruina de campanario  
 avizora el escenario  
 del ocaso con que sueña.*

Sobre sus patas, hechas o no garabatos, las cigüeñas se quedan como absortas. Esta quietud inspira a Guillermo Valencia estos versos de «Las cigüeñas blancas»:

*Y en reposo silente sobre el ara,  
con su pico de púrpura encendida,  
tenue lámpara finge de Carrara  
sobre vivos colores sostenida.*

García-Lorca va más allá y lo identifica con un éxtasis en su «Romance de la Guardia Civil Española»:

*«La media luna, soñaba / un éxtasis de cigüeña».*

La cigüeña es sociable y poco tímida con el hombre, pero nunca agresiva a no ser que esté herida y nos resulta tan familiar que Rafael Alberti no duda en escribir una «Nana de la cigüeña» (¿hay algo más íntimo y familiar que una nana?) en *Marinero en tierra*:

*Que no me digan a mí  
que el canto de la cigüeña  
no es bueno para dormir.*

*Si la cigüeña canta  
arriba en el campanario,  
que no me digan a mí  
que no es del cielo su canto.*

Y, en la misma línea, Gerardo Diego invita a los niños a cogerla, jugando con ella. He aquí su poema «La cigüeña»:

*Alta va la cigüeña.*

*Niños, a cogerla.  
Tan alta ya, se borra  
en el azul. Un premio  
al que antes la descubra.*

*Mírala, resbalando,  
curva a curva.*

*Madre cigüeña,  
a estos mis cigoñinos,  
¿quién por los altos aires  
me los pasea?*

*Mírala como vuela,  
remonta curva a curva.*

*Alta va la cigüeña.*

Y es que, ¿cómo no nos va a resultar familiar si es ella la que nos trae al mundo? A los niños, afirmamos, nos los trae la cigüeña y no resulta extraño que preguntemos por ella: ¿Qué, cuándo viene la cigüeña? Tiene una explicación y es que la llegada de la cigüeña se asoció a la Anunciación, porque así como ésta indicaba (bueno, e indica) el Advenimiento de Cristo, la cigüeña anuncia la venida de la primavera y, se piensa, que dicha suposición de que las cigüeñas llevan los recién nacidos a la madre deriva, acaso, de la asociación de este ave con la Anunciación de María.

Y se van. Nadie las ha visto partir, porque parten de noche, pero se van. Señala «*el Covarrubias*» que «algunas cosas de las cigüeñas se cuentan de su gobierno que parece humano y político, por cuanto en la parte donde se han de juntar para partirse, castigan a la que se tarda. Hacen sus velas y toman su viaje con mucho silencio».

Plinio nos dice, en el mismo artículo del «Tesoro», que son aves peregrinas que ni sabemos de qué parte vengan ni a donde vayan. Y, según Estrabón, era símbolo de los viajeros que recorren muchos países, por su naturaleza de ave emigrante.

Por supuesto, tenemos superada la ignorancia de Plinio y conocemos al detalle las migraciones de las cigüeñas. Ya las hemos visto llegar de las lejanas tierras africanas, más allá de las montañas del Atlas, y hemos compartido con ellas primavera y verano.

Pasadas estas dos estaciones, se dirigen de nuevo a África salvando el Estrecho de Gibraltar o el del Bósforo, según la ruta que sigan.

De entre las planeadoras, las primeras en lanzarse a la travesía son las cigüeñas negras. Las blancas, mucho más «humanizadas» que las negras, encuentran fácil alimento durante la espera de la llegada de vientos favorables, en los basureros de localidades próximas. Esto es lo que nos dice Margarita Díaz en la sección «Ecología» del diario ABC de Madrid de fecha 10-8-98 y que titula: *Paso del Estrecho, el festival de las aves*. En el mismo artículo se puede leer: «Hasta finales de octubre, cientos de miles de individuos, en sucesivas oleadas, según las especies, cruzarán el Estrecho en busca, sobre todo, de mejores condiciones de alimentación. Cigüeñas y rapaces son objeto de un seguimiento específico».

La cigüeña blanca es gregaria y suele cruzar el Estrecho en bandadas de unos 200 ejemplares por término medio y, en 1997, llegaron a pasar hasta 30 bandos algunos días.

Por lo que tiene de lirismo, incluyo y leo el breve artículo-joya de Mónica Fernández-Aceytuno publicado en «ABC» bajo el título de Algo nuevo:

«Ayer por la tarde, a las dos y cinco, pasaron volando sobre el mar, hacia la costa africana, ciento cincuenta cigüeñas blancas que parecían en el cielo una flecha. [...]

Las crías que nacieron en los campanarios vieron el mar desde el cielo, ayer, por vez primera. Y se vio desde la tierra las cigüeñas que llevaban las plumas embarradas. Y el pico más pardo de los jóvenes. [...] Las bandadas de cigüeñas que se ven estos días son grupos mixtos de adultos y de jóvenes que rompieron sus vínculos familiares cuando volaron del nido; [...]. Esta semana, en un solo día, se fueron seis mil cigüeñas blancas. Parece lo de siempre. Pero, al pasar, hicieron, de lo de siempre, algo nuevo».

Mas no todo es lirismo en sus migraciones. Manuel Martín Ferrand en ABC del 20-5-00, en su artículo *El oscuro vuelo de las cigüeñas* nos dice que: «Heinrich Himmler, con fines propagandísticos, colocaba en las patas de las cigüeñas que se iban una cestilla llenas de folletos con un mecanismo que debía explotar al llegar a su destino».

Cuando se aproxima la época de emigrar, migración postnupcial que dicen, se reúnen formando bandadas –que a veces son muy pequeñas, pero que en ocasiones llegan a estar formadas por millares de individuos–, todas las cigüeñas de una comarca, originando un ruido enorme con el castañeteo de sus picos.

Esto ocurre una vez concluida la época de cría, a finales de julio y para lo que también tenemos refrán de referencia: «Por Santiago, las cigüeñas al prado»; es decir, a empezar a concentrarse para irse...

Aunque tradicionalmente, leemos en *Biológica*, las cigüeñas



españolas han invernado en África, en nuestro territorio siempre han permanecido algunos ejemplares aislados durante todo el otoño y el invierno y desde finales de los años 80 se viene observando un progresivo aumento de número de individuos que, aun abandonando sus nidos, no cruzan el Estrecho y, así, en noviembre de 1995 se contabilizaron 7.600 cigüeñas en Doñana, las marismas del Guadalquivir y distintos vertederos de la zona.

Parece ser, pues, que se empieza a apreciar un cambio en sus ancestrales pautas migratorias debido a la alta disponibilidad de comida en los vertederos. O, en el caso de las marismas, al incremento de la abundancia de especies clave en su alimentación, como el cangrejo rojo americano. Todo ello, unido a los cambios de las temperaturas ambientales, con inviernos más suaves y benignos y a la adaptación de las cigüeñas al medio urbano, origina los cambios antes citados.

También su marcha se ilumina con la poesía de Antonio Machado en «La casa»:

*Es una tarde de otoño.  
En la alameda dorada  
no quedan ya ruiseñores;  
enmudeció la cigarra.  
Las últimas golondrinas  
que no emprendieron la marcha,  
morirán, y las cigüeñas,  
de sus nidos de retamas  
en torres y campanarios,  
huyeron.*

Y se van con unos vuelos que hacen soñar a los pastores mozos de las profundas tierras de Castilla con nuevos y lejanos horizontes:

*[...] Yo veo  
 un prado en el que el negro toro  
 reposa, y la oveja pace  
 entre ginestas de oro;  
 y unos altos, verdes pinos,  
 más arriba, peña a peña,  
 y un rubio mozo que sueña  
 con caminos,  
 en el aire, de cigüeña,  
 entre montes de merinos,  
 con rebaños trashumantes  
 y «vapores» de emigrantes  
 a pueblos ultramarinos.*

¿Siempre por las mismas fechas? ¡Siempre!...Pero hay una excepción: cuentan los autores que teniendo Atila' determinado el no alzar el cerco de Aquileya hasta tomarla y saquearla, las cigüeñas pronosticando su destrucción se salieron de la ciudad y la abandonaron antes del tiempo que acostumbran irse.

### ***La cigüeña, ave de augurio.-***

Es una de las aves de augurio que, en general, ven con simpatía los supersticiosos. Dicen que en la casa o heredad donde hace nido trae la felicidad y la preserva de incendios, protegiéndola contra el rayo.

Si se la ve volando hacia la derecha indica buena suerte, pero si vuela hacia la izquierda es un presagio funesto.

Soñar con una cigüeña en verano, anuncia robo y, en invierno, tempestad.

Si la ves con un ramo de plátano en el pico significa que estás prevenido contra las asechanzas del enemigo.

Cuando está en el nido, está de ordinario puesta en un pie; cuando está puesta en dos pies, y esconde el pico debaxo de las alas, es presagio de grave tempestad y de aquí nació tenerla assi pintada por infausto agüero de alguna calamidad o adversidad. Y es la indicación tan cierta, que de la parte adonde inclina el cuerpo, viene siempre la tempestad.

### *Mitos, símbolos, tradiciones y leyendas.-*

Ya dijimos que para Estrabón es el símbolo de los viajes largos, el símbolo del viajero que recorre muchos países.

En Tesalia, región de la Grecia central, sentían gran respeto por la cigüeña debido a que, al alimentarse de insectos y reptiles, es muy beneficiosa en los terrenos pantanosos, hasta el punto de que tenía pena de la vida el que matase alguna cigüeña, como si matase a un hombre.

En la Antigüedad clásica la cigüeña estuvo consagrada a Juno, la griega Hera, diosa del Matrimonio y en Roma se la consideraba como símbolo de la piedad filial por suponer que esta ave alimentaba a sus padres en la vejez. Nos lo explica con una maravillosa ingenuidad el padre Valdecebro:

«Viven cien años, y más las cigüeñas, porque aunque enferman, se curan con yervas, que les quitan la dolencia, conservan la salud y alargan la vida hasta este tiempo. [...] (En otro capítulo de su obra nos dice que ‘adolesce gravemente del estómago y para aliviarse come el orégano, que es para corregirle y sanar lo más eficaz’). Con

vida tan larga pierden las fuerzas de volar las cigüeñas y se les caen las plumas, copos de nieve para Pedro Salinas:

*Se leen por el aire  
largos síes, relámpagos  
de plumas de cigüeña,  
tan de nieve que caen,  
copo a copo, cubriendo  
la tierra de un enorme,  
blanco sí,*

y no pueden buscar la comida, pero tienen sus hijos tanto cuidado, que no sólo les traen de comer abastecidamente, pero las plumas viejas se las desmontan de las demás, que están fuertes y flamantes, con sus picos las limpian y acarician con las mismas señas de amor, que cuando sus padres las criaban. Añaden a esto el cargarles sobre sus alas y sacarlos del nido, para que se diviertan por el campo; y luego los trasladan segunda vez al nido con bondad y benevolencia extrañas.

En el Cristianismo es símbolo de piedad, castidad, prudencia y vigilancia, nos dice José Antonio Pérez-Rioja en su «Diccionario de Símbolos y Mitos».

Es el signo de la prudencia, retomamos a Valdecebro, debido a su «andar con pasos concertados y graves, que más parecen gobernados por superior inteligencia que por su irracional instinto».

Es ave casta y templada; pero muy celoso el cigüeño, con que nunca le falta del lado a la cigüeña y especialmente cuando empo llan los pollos. [...] Si sucede alejarse mucho el cigüeño, le hace traición la cigüeña con otro; pero así como ha cometido el adulte-

rio, se lava, porque la conoce la traición por el olfato y con ello se asegura que no le conozca; empero, si no se lava y lo huele, la hacen pedazos todos.

Relativo a esto dice Valdecebros que «relata Aristóteles (¡nada menos!) el extraño caso del dueño de la torre que veía el adulterio de la cigüeña y cómo se lavaba después, hasta que un día la espantó de la fuente y no se pudo lavar. El cigüeño lo olió y volvió al rato con otros más y entre todos la llevaron a la vista de la fuente y con sus picos la hicieron pedazos».

No obstante, todo esto contrasta con el comportamiento de la cigüeña que sacó los ojos al amante de la princesa Alcinoe, que vivía en adulterio con uno de sus criados mientras su esposo estaba en la batalla.

Es símbolo de gratitud como lo prueba el caso del cigoñino herido que, al hacerse adulto, premia con una enorme piedra preciosa a la matrona de Nápoles que le había curado. También lo es del verano, porque en ese tiempo vuelve, y del criado leal, que torna a reconocer la posada antigua y el pan que comió en ella. Y, asimismo, «de las atalayas por cuanto hace su nido en las altas torres, de donde descubre toda la campaña».

*Plantadas en piedras  
de destinos bélicos,  
cigüeñas amantes  
hacían sus paces  
en lecho de vientos.*

Nos vamos acercando al final. Pero todavía nos prestarán sus palabras García Lorca y Gerardo Diego.

Del primero, y de su «Elogio a las cigüeñas blancas», en *Poesía inédita de juventud*, mostramos los más ilustrativos de sus versos:

*Ejemplos sapientísimos para la humanidad.  
Maestras del olvido, que buscáis en las torres  
Las cercanías del cielo y los grandes acordes  
Que claman las campanas mensajeras de paz.*

.....  
*Místicas del ensueño, amantes del pasado.  
Artistas que posáis con perfíles románicos,  
Haciendo en los picachos equilibrios satánicos  
Con una zanca al aire y los ojos cerrados.*

.....  
*Actitudes plumizas sobre un fondo de olor,  
Sois interrogaciones de la naturaleza.  
¡Ah! Pájaros derviches llenos de gentileza,  
¡Ah! Pájaros divinos sin gracia y sin amor.  
Cigüeñas musicales amantes de campanas.  
¡Oh! ¡Qué pena tan grande que no podáis cantar!*

El primer poema de su *Nuevo cuaderno de Soria*, de Gerardo Diego, tenía que titularse, inevitablemente, «Cigüeña». Él va a poner la última voz, el último timbre a esta conferencia:

*Cigüeña, vieja amiga de las ruinas,  
la del pico de tabla y el vuelo campeador.  
Cigüeña que custodias las glorias numantinas.  
Cigüeña de las peñas de Calatañazor.*

.....  
*Yo soñaba contigo, roja y blanca  
sobre el nido de leña;  
o en el vuelo extendida –pico, cuello, ala y zanca–  
pero tú no bajabas a mi ciudad costeña.*

*Tú eras entonces milagrosa y buena,  
hada madrina de los campanarios.  
Cuando la nube amaga y la tormenta truena  
guardabas del pedrisco los tesoros agrarios.*

*Ahora ya conozco tu apostura,  
tu lento vuelo sesgo, tu paso señorial,  
cigüeña de San Blas que nos augura  
el luminoso abril.*

*Y así siempre te busco cuando voy de camino  
y detengo mi ruta para verte volar,  
y te envidio, cigüeña, tu bifronte destino,  
tus inquietudes nómadas, tu constancia de hogar.*

Termino. Si, como vimos al principio, para Lorca, la voz de los poetas es «una sombra luminosa», para Dámaso Alonso, «la poesía es una claridad por la que el mundo mismo es comprendido de un modo intenso y no usual». Pues bien, ésta ha sido, precisamente, la prístina intención de mi trabajo: enfocar la imagen del mundo de las cigüeñas blancas con la claridad de la poesía, haciéndolo desde puntos de vista intensos en la emoción e inusuales en la perspectiva.

Si lo he conseguido, si he alcanzado a vestir a las cigüeñas blancas con los ropajes maravillosos que me han prestado los poetas citados, cambiando las sucias plumas migratorias por las blancas y limpias de los versos, a vosotros tengo la satisfacción de ofrecéroslo. Y lo hago, Excmo. Sr. Director, Ilmos. Sres. Académicos, señoras y señores, desde el temblor y el honor que supone ocupar esta tribuna. Que mi palabra, hecha cigüeña de vuelo campeador, haya sido capaz de llevar en su pico la poética retama que por san Blas prometió.

Muchas gracias.